

El Guardián de los Mundos

El Principio del Fin

Marc Sotelo Soto

Libro cuarto

Título: El Guardián de los Mundos

Subtítulo: El principio del fin

Autor: Marc Sotelo Soto

Ilustración de portada y contraportada: Marc Sotelo Soto

Depósito legal: B-1175-21

Copyright: © Marc Sotelo Soto, 2021

Esta es una obra de ficción. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, o hechos reales es pura coincidencia.

El autor de esta obra le agradece la compra de una edición autorizada de este libro y, así, cumplir con la ley de derechos de autor que promueve la creatividad, la libertad de expresión, el fomento a la cultura y que prohíbe, salvo excepción prevista en la misma ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización del titular de la propiedad intelectual. A su vez, el autor quisiera recordarle que la infracción de los derechos mencionados pueden ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (artículos 270 y siguientes del Código Penal).

Índice

Prólogo.....	5
Capítulo 1 – La llamada	7
Capítulo 2 – El Guardián de la Oscuridad	27
Capítulo 3 – Un a nueva vida	43
Capítulo 4 – Un encuentro inesperado	59
Capítulo 5 – El último guardián	75
Capítulo 6 – Mi rescate	95
Capítulo 7 – Un a nueva familia.....	115
Capítulo 8 – La huida	131
Capítulo 9 – El planeta oscuro	151
Capítulo 10 – Un aterrizaje forzoso.....	167
Capítulo 11 – El mundo perdido	183
Capítulo 12 – Mi nuevo hogar.....	197
Capítulo 13 – El bosque maldito	211
Capítulo 14 – Un intruso	225
Capítulo 15 – La verdad	241
Capítulo 16 – El ataque.....	261
Capítulo 17 – Un viaje al abismo	279
Capítulo 18 – El poder de Sot.....	303
Capítulo 19 – La decepción de Ish	319
Capítulo 20 – Un poder oculto	337
Capítulo 21 – El principio del fin	357
Epílogo.....	369

En un universo paralelo, hace mucho tiempo...

Prólogo

—¡Majestad! —espetó un joven y alto tipo de grisácea tez, negros ojos, a juego con su corto cabello, y de anchos hombros mientras corría por los magníficos jardines del palacio.

Tanto la reina Ratra como una pareja de nobles con los que se estaba paseando por los alrededores de su palacio, y parte del séquito regio que los acompañaba, se detuvieron y volvieron su mirada al escuchar a aquel muchacho dirigirse hacia ellos a toda velocidad. Apenas unos instantes más tarde, el joven criado, con su azulado turbante y su blanquecina casaca totalmente desaliñados, les alcanzó.

—Espero que sea importante. Sabes perfectamente que no me gusta ser importunada cuando estoy tratando asuntos dave —reprendió la mujer lanzando una enfurecida mirada con sus grisáceos y rasgados ojos hacia este mientras fruncía el ceño al tiempo que su lacayo jadeaba incesantemente debido a la prisa con la que había cruzado todo el palacio.

El sirviente, temeroso por la expresión de esta y sin atreverse apenas a pronunciar palabra alguna, extendió su mano mostrando un pequeño artificio circular cuya parte superior se iluminó tan pronto como este accionó el botón que tenía a un lado.

—Estimada reina Ratra, ni tan siquiera se moleste en averiguar cómo he podido dar con usted— se escuchó la débil voz de un anciano individuo decir a través de aquel dispositivo—. Sé que, después de todo lo ocurrido hace tanto tiempo, no tiene motivo alguno para confiar en mí, y no la juzgo por ello; pero, con motivo de los últimos sucesos, comienzo a considerar que nos equivocamos. Por este motivo, estoy dispuesto a enmendar parte de mi error y ayudarla a conseguir aquello que, por derecho, les pertenece.

Puedo asegurarle que esto no lo hago ni por usted ni por mí, sino por el bien de nuestro universo. Me temo que ahora mismo no puedo darle más información. Póngase en contacto conmigo en cuanto pueda y le daré más detalles de todo lo que sé.

Tras aquellas últimas palabras, el dispositivo se apagó, dejando a todos los presentes en un inmenso silencio. Tanto los dos nobles como su séquito y el criado se quedaron mirando a la joven, quien permaneció por unos instantes perpleja ante aquel inesperado mensaje. Volviendo en sí, desvió su mirada hacia aquellas dos personalidades que tenía a su lado, aunque en sus ojos todavía podía verse cuán desconcertada le había dejado aquel comunicado.

—¿Crees que podemos fiarnos de él? —preguntó al sirviente mirando fijamente a los ojos de este.

El joven, sin dudarlo ni un instante, asintió. Pese a ello, la reina parecía no terminar de estar convencida del todo, por lo que se volvió hacia sus dos acompañantes, a quienes dirigió una expresión inquisitiva.

—En caso contrario, no nos hubiera contactado, sino que nos habría mandado aniquilar —comentó uno de estos afirmando la posición del joven criado.

—Cierto, cierto —balbuceó ella—. Don Mesnet y don Rentet, en ese caso, me disculparán, pero tengo que ocuparme de este inesperado asunto cuanto antes —se despidió para, a continuación, volverse de nuevo hacia el joven mientras este aliñaba sus ropajes—. Informa a los chicos que se presenten ante mí en la sala de la reina. Nuestra hora ha llegado.

Capítulo 1

La llamada

Ni siquiera los rayos de la luz del amanecer habían penetrado por los enormes ventanales de la elegante habitación de Horus cuando varios golpes en la puerta de su dormitorio lo despertaron.

Algo sobresaltado, el anciano de largos cabellos blancos se incorporó sobre su lecho para, con sus raquílicas manos, alcanzar las gafas que tenía en su mesilla de noche.

Seguramente, de haber existido los relojes allí, hubiera intentado saber qué hora era; pero su mundo no funcionaba de aquella manera. Allí, de poco importaba aquello, pues tampoco había mucho que hacer. Horus únicamente tenía que preocuparse por atender su rutinaria reunión semanal. Y lo cierto era que en cuanto él estuviera dispuesto a acudir a la Sala Principal, únicamente tendría que solicitar a alguno de sus criados, que vagaban por los inmensos pasillos de su palacio, para que indicara a sus doce súbditos que se reunieran allí con él cuanto antes.

Tras colocarse las gafas sobre sus hundidos ojos, se estiró para tomar un precioso báculo bañado en oro que tenía apoyado en el cabecero de su cama. Empuñando aquel valioso objeto, se levantó y caminó hacia la puerta para ver quién osaba interrumpir su sueño. Apenas había comenzado a andar cuando volvió a escuchar que la puerta era golpeada de nuevo.

—Ya voy, ya voy —contestó algo irritado por la insistencia.

El hecho de que ni tan siquiera había amanecido y aquella notable perseverancia, le dieron a entender que, quien se encontrara al otro lado, venía con un asunto urgente que tratar. Así, a pesar de su cojera, aceleró el paso tanto como pudo para atender cuanto antes a quien estuviera allí.

Al girar manilla, el anciano descubrió entonces que justo frente a él había un joven ser de piel extremadamente pálida, cortos cabellos rubios y llamativos ojos azules marinos, con la mirada perdida y una terrible expresión sobre su rostro.

—¿Qué ocurre, Racht? —preguntó, observando a su discípulo sin entender qué le había llevado hasta allí tan temprano.

—Maestro, disculparé que le haya despertado, pero el rey Lad ha contactado conmigo bastante alterado. Parece que algo grave les ha ocurrido —explicó el discípulo visiblemente nervioso.

—¿Acaso se trata de algo tan grave que ni tan siquiera puede esperar a la reunión de mañana para tratarlo con el resto de sus compañeros?

—Me temo que no, maestro; pero si usted lo prefiere, esperaré —contestó algo confundido.

—Pase, pase. Ya que se ha tomado la molestia de venir, al menos explíqueme de qué se trata eso tan importante —dijo Huros con altivez haciéndose a un lado para dejar que su discípulo entrara en su habitación.

Pese a las innumerables veces que el joven había estado en aquella sala, todavía seguía quedándose maravillado por la belleza de la misma, una admiración que ni tan siquiera él llegaba a comprender, pero que le impidió continuar con su relato. De entre todas las reliquias que el maestro guardaba allí, era el enorme bordado que había a la izquierda, sobre la revuelta cama de Huros, el que siempre cautivaba su atención. En este podía verse diferentes eventos históricos allí representados; pero, de entre todos ellos, había uno en la parte central de aquella pieza que, sin entender por qué, siempre llamaba su atención. En este podía verse una multitud de criaturas peleando entre ellas, como si estuvieran en una guerra y, sobre ellas, destacaban cuatro individuos, cada uno de ellos vistiendo una indumentaria de una tonalidad azul, blanca, roja o negra, que lanzaban un particular rayo contra un quinto ser, de ojos rojos.

—¿Y bien? —inquirió el anciano.

—Sí, maestro —reaccionó volviéndose hacia este, dejando su fascinación a un lado—. Parece ser que Dazbi ha sido atacado.

—¿Y qué tiene eso de grave, Racht? —preguntó Huros algo molesto, al tiempo que lo observaba aquella mirada tan paternal con la que siempre se dirigía a su máspreciado súbdito cuando creía que este cometía algún error—. Al fin y al cabo, todos somos conscientes de que nuestro universo es un tanto convulso. Es normal que algunos planetas ataquen a otros. Siempre ha sido así. No es algo que deba preocuparnos, ni en lo que tengamos que entrometernos.

—Es más que eso —intercedió el discípulo consciente de que aquel comentario se debía a que todavía no le había expuesto todo lo que sabía.

—¿Acaso le ha ocurrido algo malo al rey Lad?

—El rey está perfectamente, pero...

—Entonces, sigo sin ver la gravedad del asunto.

—La capital ha sido destruida.

—¡Vaya! —exclamó el anciano alzando las cejas, visiblemente sorprendido por aquella noticia; aunque rápidamente intentó que aquella reacción no nublara su juicio—. Bueno, cierto es que Dazbi es un importante aliado para nosotros, pero si algún otro planeta ha decidido atacarlo, no podemos intervenir.

—Maestro, usted mismo ha dado con el quid de la cuestión. Nadie en Dazbi ha podido determinar la procedencia de los atacantes, por lo que me temo que ningún planeta está relacionado con esta ofensiva.

Por un segundo, Huros desvió su mirada hacia el suelo, como si intentara encontrar allí algún tipo de explicación con la que poder tranquilizar a su joven discípulo y hacerle entender que no había nada que temer.

—Podía haber sido un ataque pirata perfectamente. Hay infinidad de naves de ese tipo vagando por el cosmos que, de vez en cuando, atacan algún planeta para llevarse un buen botín.

—Maestro, con todos mis respetos, ¿cree realmente que una nave pirata, o un conjunto de estas, puede atacar un planeta tan poderoso como Dazbi y reducir su capital a cenizas?

Sin apenas darle tiempo para responder, el joven discípulo golpeó el oscuro suelo de mármol con su dorado báculo y, de la nívea voluta que lo culminaba, hizo aparecer una proyección tridimensional que quedó proyectada entre él y el maestro.

Al principio, en aquella imagen no parecía haber nada inusual. La escena había sido recogida en una sobria sala blanca de piedra, sin ningún

tipo de decoración. Apenas un segundo después, pudo verse a un hombre de puntiagudas orejas y largo cabello blanco posicionarse justo en el centro de la misma. Con los ojos cerrados, colocó las palmas de sus manos hacia arriba e hizo un gesto que podía interpretarse como una forma de saludo de aquella sociedad. Una vez abrió los ojos, cuyo iris era tan blanco como su piel, colocó sus manos detrás de su cara, y comenzó a hablar.

—Querido Racht, sabe perfectamente que en ningún momento me atrevería a contactar con usted por un tema banal —decía este notablemente nervioso mientras se escuchaba de fondo las potentes explosiones de la batalla que allí estaba ya librándose—, pero me temo que esto es de suma importancia. Desde hace varias horas estamos siendo atacados por un gran número de naves y seres que jamás hemos visto. Hemos contactado con varios de nuestros planetas vecinos para intentar descubrir la procedencia de nuestros rivales, pero todo ha sido en vano. Creo que resistiremos, pero me gustaría alertarles del peligro de esta armada, porque cuentan con armas prohibidas por el Concilio de Nuf.

Al finalizar aquel mensaje, el dispositivo con el que estaba grabándose aquella escena fue desplazado hacia uno de los tres arcos que había al otro lado de la sala y que daba a un pequeño balcón de los muchos con los que contaba la fachada del palacio del rey Lad.

Desde allí, ambos pudieron ver la preciosa ciudad flotante de Belanar. Gracias a aquellas imágenes, observaron que la zona del palacio apenas había sido alcanzada; sin embargo, a lo lejos, un gran número de naves negras de mayor o menor tamaño atacaban la urbe, mientras la flota local intentaba repeler la invasión a toda costa.

Un instante más tarde, Huros vio, con horror, cómo varios de aquellos aparatos invasores de menor tamaño abrieron sus compuertas, lo que provocó la aparición de un gran número de acorazados seres. Aquellos monstruos, sin miramiento alguno, se abalanzaron contra las fuerzas defensoras. Al mismo tiempo, dejando al anciano sumido en el espanto, de la bodega de una de las máquinas de mayor tamaño, apareció un imponente cañón de grandes dimensiones que, acto seguido, lanzó una enorme bocanada de fuego con la que comenzó a arrasar con todo lo que encontraba a su paso. Ya fueran naves enemigas, amigas, casas flotantes, o vehículos de aquellos quienes intentaban desesperadamente escapar de la zona, todo lo que aquel potente rayo tocaba, quedaba completamente destruido.

—Eso es... —apenas pudo balbucear Huros quien, con la mirada perdida, quedó hondamente afectado, como quien hubiera visto un fantasma.

—En efecto. ¿Comprende ahora la gravedad del asunto? —dijo el discípulo haciendo desaparecer aquella proyección.

—Me temo que ahora es usted quien no comprende lo que realmente está ocurriendo —contestó el anciano enigmáticamente—. Ha hecho bien viniendo tan rápido. Vaya y avise a sus compañeros de que necesito que se preparen para una reunión extraordinaria de urgencia.

—¿Ahora?

—Sí, ahora. Espérenme en la Sala Principal, bajaré en unos minutos.

Racht, incapaz de comprender el motivo para tan repentino cambio, se marchó de la habitación con celeridad, dispuesto a llevar a cabo su cometido. Mientras bajaba las frías escaleras de mármol, sujetándose a la helada y áspera barandilla de oro para no caerse, no paraba de buscar una explicación a la manera en la que Huros había procedido después de ver las imágenes del ataque. Aquello, junto a las palabras que le había dirigido al final de aquella visión, le dio a entender que había algo extraordinario que el maestro había visto, pero que a él se le escapaba, pero, ¿el qué? Eso era lo que esperaba descubrir en aquella reunión que pronto tendría lugar.

Mientras escuchaba de fondo a su discípulo golpear las puertas de los dormitorios de sus compañeros, Huros, a quien le gustaba asistir a aquellos mítines portando sus mejores galas, se dispuso a prepararse para la ocasión. Cruzando su extenso dormitorio y, tras pasar un gran número de oscuras estanterías que había a su derecha, apiladas unas al lado de las otras y en las que había una gran variedad de libros, se adentró en una pequeña sala que había justo después de estas.

¿Cómo iba él a imaginarse el día anterior, cuando se dispuso a acostarse, que aquel utdag, nombre que le habían asignado al primer día de la semana, sería tan diferente a como lo había planeado? Creía que, como de costumbre, se levantaría, pediría a alguno de sus sirvientes que avisara a sus discípulos para tener su rutinaria reunión, en la que se pondría al tanto de los acontecimientos que habían tenido lugar en el universo y si había algún tema o asunto importante que le atañera con respecto a sus planetas adeptos y que tuviera que atender personalmente; luego se dispondría a tomar algún aperitivo, más tarde meditaría por un rato y finalmente daría un paseo por los alrededores de su hogar. ¡Cuán equivocado estaba!

Después de quitarse el largo camisón blanco de seda que usaba para dormir, desnudo, se quedó con la mirada perdida, pensando en aquella horrible escena final que su pupilo le había mostrado. Aquello hizo que a su mente vinieran los terribles recuerdos de un amargo pasado que él mismo creía haber enterrado en lo más hondo de su ser. Aquellos años en los que tuvo que sufrir innumerables batallas a lo largo y ancho del universo. Un tiempo en el que no sólo perecieron millones de seres por todo el cosmos, sino que incluso él mismo tuvo que sufrir la pérdida de sus seres queridos.

Mientras se ponía sus elegantes ropajes, comenzó a recordar a su familia. Cuánto los añoraba a pesar de que hacía ya tantos años que habían perecido todos ellos, pues aquellas eran de esas heridas que jamás cicatrizan. A su memoria le vino entonces aquella última reunión en la que estuvieron todos juntos. Durante esta, su padre les explicó una particular leyenda que hablaba del origen del universo y de cómo el progenitor de los creadores había forjado al primer Guardián de los Mundos. Huros sonrió al recordar el énfasis con el que su padre les narraba aquella historia, hasta que cayó en algo que llamó su atención.

—Y esa es nuestra función —decía Oris, sonriente, terminando su narración—, aseguramos de que reine la paz en el universo.

—¡Vaya! Debe ser asombroso ser alguien tan importante, padre —comentó el hermano pequeño de Huros visiblemente maravillado—. Yo también quiero llegar a ser el Guardián de los Mundos.

Todos rieron ante aquella ocurrencia de Sef y seguramente tanto su padre como su madre hubieran deseado que fuera así, pero sabían perfectamente que aquello era algo imposible.

—Únicamente puede haber un Guardián de los Mundos y, como tu hermano Huros es el mayor, será él quien ostente el cargo.

—No te preocupes, Sef —intercedió el joven al ver cuán triste había quedado el pequeño al escuchar aquellas palabras—, tú y yo gobernaremos juntos.

—¿Seguro que no lo dices porque papá y mamá están aquí? —preguntó con mirada pícaro.

—¡Por supuesto que no! —respondió Huros entre risas—. Es más, te prometo que no sólo gobernaremos juntos, sino que además no permitiré que nada malo te ocurra —dedaró mientras ambos unían las falanges de sus dedos—. Pero, padre, aún hay algo que no entiendo —continuó

Huros—, ¿sí, como todos dicen, usted es el mejor guardián que jamás haya habido, por qué entonces el universo todavía es tan convulso?

—No lo sé, hijo mío —contestó Oris con una inocente sonrisa—. Pese a mi arduo trabajo, ni siquiera yo he conseguido apaciguar las diferencias que existen entre los planetas y las galaxias. Pero, hay una leyenda que dice que algún día, el conocimiento iluminará el universo y que, entonces, un alma pura traerá consigo el orden y la paz a cada rincón del cosmos.

—Usted y sus leyendas... —comentó Huros.

Sonriente, el maestro recordaba todo aquello deseando en ese instante que él hubiera sido el héroe que aquella leyenda vaticinaba. De lo que no era consciente era de la importancia que tendría en realidad aquel recuerdo.

Ya vestido, el anciano se miró al espejo para terminar de acicalarse; pero aquello, que él creía que le serviría de distracción, no fue así. Mientras ultimaba los detalles de su indumentaria, volvió a recordar aquellas cruentas batallas en las que incluso él mismo se había visto inmiscuido. Aquellos duros momentos en los que uno tras otro vio perecer a sus adeptos y discípulos ante sus ojos sin que pudiera hacer nada. Todo aquello se vio culminado por el terrible recuerdo de la muerte de sus padres o la desaparición de su propio hermano. Imágenes que le atormentaron como cuchillos que se le clavaban en el corazón.

—No puedo permitir que vuelva a ocurrir algo así.

Intentando abandonar todos aquellos pensamientos que agitaban su alma, se quedó observando sus impolutos atuendos, cerciorándose de que su apariencia fuera impecable. Sobre una holgada túnica de lino azul, que cubría su cuerpo hasta los tobillos, portaba un manto de aquel mismo color, donde podían distinguirse diferentes decoraciones. Encima de estos llevaba un efod de seda, en el que predominaban unas preciosas tonalidades azuladas y violáceas. A la altura de su pecho se colocó una lámina de cuero que colgaba de sus hombros y sobre la que había cinco gemas y otras siete cavidades, en las que se intuían que debía de haber el resto.

Satisfecho, tomó un precioso turbante que reposaba sobre el estante que había justo debajo del espejo. Una fina raya azul en el centro destacaba entre el lino blanco con el que estaba hecho aquel objeto. Sin embargo, lo más llamativo era una lámina de oro que tenía en su parte frontal, y que quedaba a la altura de la frente del anciano, sobre la cual estaba grabada la inscripción: el Guardián de los Mundos.

Después de abandonar su cuarto y bajar hasta el primer piso, al llegar frente a la Sala Principal, dos sirvientes, elegantemente uniformados, tomaron las circulares manillas de oro de las que tiraron para abrir los enormes portones. Al abrirse las puertas, los discípulos, quienes se encontraban sentados detrás de una mesa de cristal que presidía la sala, se levantaron de sus refinados asientos de madera, bañados en pan de oro, tapizados de seda roja y decorados con diferentes argumentos florales, para recibir a Huros. Todos los presentes portaban unas vestimentas parecidas a las del maestro, pero cuyos mantos y efodes estaban decorados con distintas tonalidades y, a diferencia de este, ninguno llevaba aquel extraordinario pectoral ni su distintivo turbante. A su vez, disponían de un dorado báculo similar al del anciano y cada uno de estos estaba coronado por una preciosa esfera cuya tonalidad era similar a la de sus efodes.

En las inmensas paredes de aquella extensa sala, pintadas de un elegante tono borgoñón, había colgadas preciosas pinturas conmemorando diferentes eventos y personalidades de aquel universo. Debajo de estas, había numerosos estantes sobre los que descansaban un gran número de objetos que les habían sido entregados a los diferentes guardianes de los mundos como ofrenda por los regentes de los múltiples planetas y que habían sido dispuestos allí con mimo.

Huros, descalzo, comenzó a caminar sobre una alfombra negra de seda que cruzaba la sala de un lado para otro, la cual estaba dispuesta entre enormes columnas jónicas, y que destacaba sobre el enmoquetado suelo de seda verde, como si de un césped se tratara.

Llegando a aquella peculiar mesa en forma de U, Huros se acercó hacia su pomposa cátedra, que estaba en el centro de la misma. Una vez ocupó su asiento, los discípulos, quienes lo observaban impacientes, hicieron lo propio. El anciano advirtió cómo los más jóvenes estaban bastante confundidos, mientras que los más veteranos lo miraban con nerviosismo, pues hacía tanto tiempo que no se celebraban sesiones extraordinarias que únicamente estos últimos recordaban haber tenido una reunión como aquella. Por lo que todos, a excepción de Raht, lo miraban expectantes, preguntándose qué asunto requería de tanta urgencia.

—Disculpen que les haya reunido de esta manera tan precipitada, interrumpiendo así su descanso —comenzó diciendo el anciano—. Como saben, desde hace muchos años, los planetas viven en una paz y armonía que

haía mucho tiempo que no se había alcanzado —continuó, para detenerse un instante, dirigiendo su mirada a sus confundidos pupilos que no entendían a dónde quería llegar con aquella explicación—; sin embargo, me temo que dicha paz puede haber llegado a su fin. Sería muy recomendable que dispusiéramos nuestras tropas para una posible guerra.

Todos los discípulos comenzaron a murmurar entre ellos con cierta agitación, sin creer lo que el maestro acababa de indicarles. La labor de aquel extraordinario ser era únicamente asegurar la armonía del universo y, solamente en ocasiones muy recónditas, debía interceder en el destino de este, por lo que todos los presentes se cuestionaban qué motivo había llevado al Guardián de los Mundos a tomar tal decisión.

—Maestro, ¿una guerra? ¿Acaso alguien osa atacarnos? —inquirió uno de aquellos individuos tan desconcertado como el resto de presentes.

Todos volvieron su mirada al anciano esperando una respuesta; sin embargo, Huros prefirió no decir nada. En su lugar, haciendo un gesto con la mano, pidió a Racht que mostrara a sus compañeros las imágenes que poco antes le había enseñado a él. El joven, de daros ropajes, siguiendo sus indicaciones, tomó su ætro y golpeó el suelo haciendo que aparecieran proyectadas aquellas horribles imágenes que el rey Lad le había enviado.

Todos quedaron horrorizados al contemplar aquellas crudas escenas. Tras desvanecerse la proyección, nadie se atrevió a pronunciar palabra alguna, lo que hizo que la sala permaneciera sumida en un tenso silencio.

—Esa fue la horrible grabación que nuestro querido aliado, el rey Lad de Dazbi, nos envió hace apenas un rato —continuó el Guardián de los Mundos—. Por lo que hemos podido constatar, nuestros aliados han conseguido con gran esfuerzo repeler el ataque; pero, mucho me temo que esa potente armada que todos han podido ver, no va a detenerse ahí. Atacarán a más planetas y, si no les hacemos frente, puede que incluso esta sede se convierta en uno de sus objetivos.

—Maestro, con sumo respeto, los mundos se enfrentan entre ellos, es algo normal —intervino una de las discípulas, de oscuros ropajes, a juego con la tonalidad de su piel y su frondoso cabello, mientras intentaba hacer entender al resto de sus compañeros que quizás no había nada que temer.

—Cierto es —afirmó el anciano, comprendiendo el argumento de su pupila—, pero me temo que en esta ocasión tengo razones suficientes como para creer que nosotros también estamos en peligro.

—¿Qué razones son esas? —preguntó Racht queriendo por fin saber qué era lo que había motivado el cambio de parecer del maestro.

—En esas imágenes he visto cosas que hacía mucho tiempo que no veía. Además, usted mismo me indicó que nuestros aliados no pudieron determinar la procedencia de las naves. Lo que me hace creer que lo más conveniente sería prepararnos para lo peor cuanto antes.

—¿Qué es lo que nos propone que hagamos? —inquirió otro discípulo de oscuros y violáceos ropajes que contrastaban con su verdosa piel.

—Debemos actuar desde este mismo instante. Tenemos que contactar con los diferentes planetas para comprobar si han observado alguna armada parecida o si han sufrido algún ataque similar. Aparte, sería bastante conveniente que averiguáramos cuál será su próximo objetivo para hacerles allí frente con todo nuestro arsenal.

—¿Y con eso cree que podamos hacer frente una armada como esa? —cuestionó uno de los súbditos de anaranjados ropajes, los cuales contrastaban con oscura piel y su cabello frondoso.

—Parece más fácil de lo que es. Requeriré a todos nuestros aliados que se unan a nuestra causa. No estaremos solos en esto.

—Si no estoy confundido, esas naves son parecidas a las naves que tuvimos que enfrentar en la Guerra Universal. Recuerdo que, en aquel entonces, nuestros enemigos intentaron tomar nuestras gemas. ¿No sería prudente también reunir las de nuevo? —sugirió uno de los veteranos súbditos de grisáceos cabellos largos y piel clara.

Huros se quedó observando a Shaj con una mirada enigmática mientras cavilaba sobre lo que este le había comentado. No obstante, aquello que decía era cierto, y si sus temores eran correctos, volver a juntar aquellas piedras debía ser otra de sus prioridades; pero, también sabía que aún había siete de aquellas preciosas joyas esparcidas por el universo, por lo que necesitaría volver a contar con aquellos magníficos guerreros que antaño tanto le ayudaron a ganar aquella fatídica contienda.

—Esa sería una muy buena idea; pero para ello, necesitaría volver a reunir a los guardianes.

—¿No perecieron ya los últimos con los que contábamos? —cuestionó otro de los veteranos discípulos.

—Tengo constancia de que algunos tuvieron descendencia. Sin ir más lejos, sé dónde podríamos encontrar a uno de ellos —respondió serio el

maestro, al tiempo que le venían miles de recuerdos de aquella época a la mente—. Ahora, no estoy tan seguro de que vayan a ser tan habilidosos como sus ancestros ni que su presencia vaya a ser tan provechosa, pero siempre podríamos intentarlo.

—¿Y cómo va a encontrar al resto?

—Si han adquirido al menos una parte de la fuerza de sus antepasados, muy posiblemente, sean individuos tan fuertes que los mismos regentes de los mundos hayan querido que formen parte de sus armadas —razonó Huros—. Racht, voy a encomendarle una tarea algo complicada. Busque en los archivos de esta sede algún documento que enliste los lugares a los que fue cada uno de los guardianes y después póngase en contacto con los reyes o los presidentes para ver si hay alguien en sus filas que pueda encajar con la descripción que le he dado. Si nadie tiene nada más que objetar —continuó volviéndose al resto de presentes—, entonces, demos por finalizada esta reunión y pongámonos a trabajar.

Aquellas medidas que acababa de anunciar el anciano maestro eran muy parecidas a las que tomó hacía más de cuarenta años y que desembocaron en una de las guerras más crueles y sangrientas que el universo jamás había vivido, por lo que, al escuchar aquellas últimas palabras, los discípulos más veteranos se quedaron mirando al guardián con aire desconfiado.

Pese a las dudas y el recelo, nadie se atrevió a oponerse a aquellas decisiones, por lo que todos abandonaron la sala, dejando allí al maestro solo, sentado en su cátedra, cabizbajo y meditabundo.

Luego, dispuesto a continuar con los preparativos, salió de la Sala Principal para subir al tercer y último piso de su hogar, donde estaba su dormitorio. Sin embargo, al llegar frente a este, se dio la vuelta y se quedó observando otro de los dormitorios que allí había. Sobre la puerta blanca de este podía leerse, grabada en letras de oro, la palabra «Sef».

Acercándose a este, tomó el pomo y entró en la estancia, donde, por un instante, su mirada se detuvo en la impoluta cama que había a su izquierda. Suspirando, contempló entonces los estantes que cubrían las blancas paredes con los numerosos objetos y libros que había sobre ellos y que tantos bellos y dolorosos recuerdos le traían a la mente.

—Maestro —escuchó decir desde el exterior, con tono grave, a Shaj, quien había subido hasta allí para charlar con él—, no creo que sea buena idea que entre aquí, únicamente conseguirá atraer malos recuerdos.

—Lo sé—contestó este con la voz quebrada—, pero él fue lo primero que me vino a la cabeza cuando vi aquellas naves...

—No se martirice, no es culpa suya lo que le pasó.

—Lo sé, Shaj, pero podía haber hecho más para evitar todo esto. Yo le prometí que no le pasaría nada...

—No se atormente, maestro —comentó el anciano, quien portaba un elegante efod turquesa que hacía que su piel se viera todavía más clara de lo que ya era, mientras colocaba su mano, de largos dedos, sobre la espalda de Huros a modo de compasión.

—¿En qué puedo ayudarle? —preguntó volviéndose a su discípulo.

—Al ver aquella visión, muchos recuerdos me han venido a la mente. Entonces, no he podido dejar de preguntarme si acaso él ha vuelto.

—Eso es imposible—contestó Huros mostrando una triste sonrisa.

—¿Cómo puede estar tan seguro? Jamás encontramos su cuerpo. Podría haber sobrevivido perfectamente.

—Nuestros guardianes se lo llevaron con ellos. No tengo duda alguna.

—Maestro, con todos mis respetos, espero que así sea; pero, si no es él, ¿por qué todas estas medidas? ¿Acaso piensa que alguien se atreva realmente atacarnos?

—¿Recuerda aquellos dos guardianes que desaparecieron? —cuestionó el maestro, intentando hacerle entender que tenía cierta idea de quién podía estar detrás de aquella armada—. Dos seres extraordinarios, mucho más poderosos que el resto de sus compañeros. Podrían ser uno de ellos. O incluso los dos.

—¿Ket y Mont?—cuestionó el pupilo desconcertado—. Es imposible. ¿Por qué querrían ellos atacarnos?

—Recuerdo que la última vez que nos enfrentamos a él, hizo un comentario que llamó mi atención. Dijo que nadie podría acabar con él, pues la vida y la muerte estaban de su lado. En aquel momento, no entendí lo que quiso decir, pero creo que ahora lo comprendo —expresó Huros dejando a su pupilo confundido—. Ese es el verdadero motivo por el que creo importante congregarse de nuevo a los guardianes. Ninguna armada será lo suficientemente fuerte como para hacer frente ni tan siquiera a uno de ellos, sin embargo, nuestros cuatro guardianes podrían vencerles.

—Si es como usted dice, ¿no sería mejor que usted intercediera y acabara con todo esto de una vez?

—Ojalá pudiera, mi querido amigo —respondió Huros dirigiendo una mirada fraternal a su discípulo—. Pero me temo que ya estoy muy mayor para eso. Será mejor dejemos que se encarguen los guardianes de ello.

Tras aquellas palabras, Shaj, consternado, se marchó de la estancia con gran celeridad. El Guardián de los Mundos, nuevamente solo en aquella bella habitación, se quedó por un rato sumido en sus pensamientos mientras recorría aquel frío y solitario cuarto hasta que, finalmente, queriendo dejar todos aquellos recuerdos en el olvido, se fue a su habitación.

Sin prestar atención a nada, el anciano se dirigió hacia las enormes estanterías que había justo antes del guardarropa, donde acostumbraba a cambiarse. Con la prisa con la que alguien de su edad puede moverse, se acercó a los estantes de aquellos muebles y, tras ajustarse las gafas, comenzó a ojearlos mientras recorría con la punta de sus marchitos dedos los lomos de los volúmenes allí guardados.

La inmensidad de su biblioteca era tal que allí guardaba toda clase de ejemplares que le servían de ayuda. Las temáticas de los mismos eran tan variadas que iban desde escritos sobre la historia de las diferentes naciones que componían aquel universo hasta los más profundos conocimientos de la física por la que se regía el cosmos, pasando por temas tan variados como los diferentes estilos musicales que, las distintas sociedades habían compuesto, las diversas formas arquitectónicas que habían sido inventadas para crear los magníficos edificios de aquellos mundos o temas sobre biología, botánica o incluso filosofía.

No obstante, él no estaba buscando un libro; en realidad estaba tratando de encontrar una pequeña cajita de madera forrada con un cuidado cuero negro sobre el que, en bordadas letras blancas, podía leerse la palabra: «Emblemas». Algo inquieto, tomó esta entre sus temblorosas manos, y desató la cuerda que la mantenía cerrada, para cerciorarse de que en su interior todavía estaba aquello que buscaba.

—Aquí estáis —susurró mientras esbozaba una leve sonrisa.

Justo entonces, la puerta de su dormitorio fue golpeada con asiduidad. Huros se volvió hacia esta bastante confundido, ya que era demasiado pronto para que Racht hubiera encontrado algún tipo de información, al tiempo que consideraba improbable que alguno de sus discípulos hubiera descubierto algún indicio de aquella armada. Desconcertado, se acercó para ver quién era, temiendo que se hubiera producido un nuevo ataque.

—¡Maestro, con permiso —espetó un individuo de amarronada piel y rizados cabellos negros, vestido con un manto azul y un efod verdoso para sorpresa del anciano—, buenas noticias!

—Nottun, joven, pase y cuénteme lo que ha descubierto.

—Acabo de contactar con el planeta Tefes y he sido informado de que hace apenas un par de semanas divisaron un gran número de naves escoltando a otra de una tonalidad oscura y de gran tamaño. El mismísimo presidente Duk indicó que se quedó asombrado, y algo preocupado, al ver todas aquellas máquinas con sus propios ojos, ya que él jamás había visto una armada tan grande como aquella.

—¿Sabe hacia dónde se dirigían?

—Sí, hacia la región nororiental.

—La región nororiental... —murmuró Huros permaneciendo pensativo por un instante—. ¿Ha hablado con Goli sobre esto?

—No, maestro, he venido en cuanto he recibido dicha información.

—De acuerdo. Si consigue averiguar algo más, hágamelo saber tan pronto como le sea posible —añadió Huros dando por finalizada la entrevista—. Indique al personal que avisen a Goli de que necesito que venga —añadió el anciano antes de que su discípulo abandonara su estancia.

Satisfecho, se sentó en un sillón celeste que tenía junto a una gran ventana desde donde podía contemplarse la vasta vegetación de aquel planeta mientras esperaba el encuentro con su discípula; sin embargo, en el momento en el que la puerta se abrió, apareció Racht agitado, lo que provocó que Huros se quedara extrañado ante aquella actitud de su discípulo.

—¿Qué ocurre, joven? —preguntó levantándose súbitamente de su asiento, temiendo que algo malo hubiera ocurrido.

—Maestro, como usted me encargó, he ido al antiguo archivo y he encontrado este ejemplar —contestó el joven mientras mostraba un libro antiguo—. Dentro he descubierto esta hoja.

Del interior sacó entonces un papel bastante arrugado, donde incluso podían verse las esquinas del mismo, raídas, y donde apenas se observaban un par de líneas escritas a mano.

—¿Quién ha escrito eso?

—Ni idea, maestro, no está firmado; pero, quien haya sido, sabía perfectamente donde están al menos cuatro de los descendientes. El hijo de la Guardiania de la Oscuridad está en Heilt.

—Yakren... —interrumpió el maestro ensimismado.

—¿Disculpe?

—Nada, continúe, por favor.

—El hijo del Guardián del Agua está en el planeta Rig. El descendiente del Guardián del Fuego, en el planeta de Ignis. Y, para mi sorpresa, el Guardián de la Luz tuvo una hija en el planeta Baldis, quien aquí dice que en su momento era la princesa heredera.

—¿Deía? —cuestionó Huros recordando a la bella mujer con la que tantas veces Racht había contactado—. ¿Y por qué está subrayado?

—Ni idea, ya le he dicho que a mí también me ha sorprendido...

—No importa, buen trabajo. Entonces, ¿por qué tanto nerviosismo?

—Maestro —contestó, deteniéndose por un momento, preocupado por la reacción pudiera tener el maestro ante lo que estaba a punto de decirle—, me temo que no podremos contar con todos los guerreros.

Huros se quedó confundido ante aquella inesperada noticia. De ser cierto, se encontraría con un contratiempo con el que ni tan siquiera había contado. No disponer de todos los guardianes podía suponer un serio problema para su plan, pues ya de por sí sabía que recobrar las gemas les costaría mucho trabajo, y la pérdida de sólo uno de aquellos seres suponía un retraso que podría poner seriamente en peligro al universo entero.

—¿Cómo es eso posible? ¿Qué ha ocurrido? —preguntó el maestro sin creer lo que le había indicado su pupilo.

—He intentado contactar con el rey del planeta de Ignis, pero no he recibido respuesta alguna.

Tras aquellas palabras, ambos escucharon a alguien golpear la puerta de la estancia donde estaban reunidos. Un instante más tarde, la hermosa discípula Goli, de cabellos rojizos y sensuales labios que contrastaban con sus ojos, de un intenso verde, entraba en la habitación del maestro como este había requerido.

—Disculpe, maestro —interrumpió la joven, portando un bello efod bermejo y violáceo a juego con su rojiza piel.

—Sí, pase —indicó el anciano para que se reuniera con ellos—. Goli, hace unos minutos ha venido su compañero Nottun, y me ha indicado que un grupo de naves comandadas por una de mayor tamaño se dirigían, desde hace varias semanas, hacia su zona. ¿Sabe algo de esto?

—Maestro, desgraciadamente no tengo constancia alguna de ello; sin

embargo, algunos planetas de mi zona han observado una enorme flota de guerra —contestó la discípula.

—¿Qué es exactamente lo que le han dicho?

—Mi contacto en el planeta Seth me habló de la aparición de un gran número de naves a gran distancia que marchaban hacia el suroeste. Indicaron que contaba con una de mayores dimensiones que parecía portar armas capaces de destruir un planeta entero y además todas ellas llevaban impreso un símbolo que les llamó la atención, tres triángulos entrelazados.

—El Valknut —susurró Huros para sí.

—¿El mismo símbolo que tiene Abis? —preguntó Goli.

—En efecto —contestó Huros.

Acto seguido, se volvió entonces hacia la mesa para tomar su cetro, del cual, en cuanto lo tocó, hizo aparecer la insignia que la discípula acababa de describir.

—El Nudo de la Muerte o Valknut —continuó explicando el Guardián de los Mundos a sus discípulos—. Esto confirma mis sospechas. El Guardián de la Muerte, Mont, es uno de nuestros enemigos. Desgraciadamente, es un ser demasiado poderoso. Adquirió una habilidad contra el que nadie podía luchar. Cuando se enfurecía y entraba en trance era capaz de acabar con la vida de todo aquel al que tocara. Sin embargo, un día perdimos su pista. Desapareció como por arte de magia y lo dimos por muerto. Creímos que nuestro enemigo había conseguido algo insólito, matar al Guardián de la Muerte. Irónico, ¿cierto?

Los dos discípulos se quedaron absortos, pues eran conscientes de que, de ser aquello cierto, se enfrentaban a un individuo tan poderoso que ni tan siquiera ellos mismos podrían detenerlo, lo que los llevó a preguntarse cómo harían frente a un alguien como aquel.

—¿Todos los planetas le indicaron lo mismo? —interrogó Huros intentando obtener más información de la afligida discípula.

—Varios planetas sí; sin embargo, otros planetas han informado de haber visto naves de menor tamaño...

Huros, por un segundo, abstraído, intentó encajar todos aquellos datos. Como si le fuera imposible entender qué estaba ocurriendo realmente, volvió a golpear el suelo con su báculo, haciendo emerger una proyección del cosmos en la que podían contemplarse todas las galaxias, estrellas y planetas existentes. Tratando de dar con una explicación para aquel movimiento,

permaneció un segundo mirando aquella imagen con detenimiento para comprender hacia dónde marchaban todas aquellas naves.

—Racht, esto es curioso —indicó el anciano fijándose en la zona de la que acababan de hablar—, como me indicaba, el planeta Ignis ha desaparecido; pero, ninguna de estas naves ni vienen ni se dirigen hacia allí...

—Maestro, no he tenido constancia de ese planeta desde hace tiempo.

—¿Cuánto exactamente? —inquirió Huros extrañado.

—Desde hace unos pocos años —contestó Goli sin recordar cuándo fue la última vez que había entablado contacto con el rey Tetol.

El rostro de Huros cambió drásticamente ante aquella noticia. Por un instante, creyó que posiblemente Racht no había podido establecer contacto con aquel mundo porque este hubiera sido atacado y destruido, pero aquella revelación invalidaba su razonamiento por completo. El anciano se quedó ensimismado sin entender qué estaba ocurriendo, a la vez que le sobrevino el miedo a que estuvieran realmente quedándose sin tiempo para actuar.

No dispuesto a rendirse, continuó observando el mapa, intentando averiguar cuál era su siguiente objetivo, pero, tras varios instantes, comenzó a considerar que de poco importaba ya el destino de aquellas naves, pues el tiempo apremiaba y urgía rearmar a los planetas a la par que debían ir en busca de los guardianes con los que todavía podían contar y entrenarlos para enfrentarse al poderoso y temible Guardián de la Muerte.

—Racht, necesito que vuelva a su cuarto y se prepare para un viaje que vamos a realizar inminentemente —ordenó Huros a su joven pupilo.

—¿Un viaje?

—Usted y yo vamos a ir en busca del descendiente de la Guardiania de la Oscuridad —comentó Huros. En un principio pensó en pedir a sus más veteranos discípulos que fueran ellos quienes reunieran a los descendientes de los guardianes de nuevo; pero, tras una ardua consideración, desechó aquella idea, creyendo que sería más conveniente que fuera él quien realizara tal tarea. Así pues, comprendió que después de tanto tiempo confinado en su hogar, había llegado la hora de abandonar aquel magnífico edificio y encargarse personalmente de aquella misión, aunque no sin que aquello le diera cierto pavor—. Necesito que mientras tanto, usted, Goli, indique al resto de sus compañeros que continúen avisando a todos los planetas de que preparen sus defensas.

Tras aquellas palabras, ambos discípulos se retiraron a sus respectivos cuartos, dejando de nuevo al Guardián de los Mundos solo, meditativo, a la vez que observaba aquella proyección del cosmos, intentando, en vano, adivinar cuál era el destino final de todas aquellas flotas.

Instantes más tarde, el anciano pudo escuchar las voces de varios de los más veteranos discípulos justo antes de que estos golpearan la puerta su habitación. Huros, tras hacer desaparecer dicha proyección, se acercó a recibirlos.

—¿Hay algo en lo que pueda ayudarles? —cuestionó extrañado por aquella inusual visita.

—Maestro, todos nosotros hemos sido informados de la movilización de naves de guerra en diferentes puntos del universo.

El rostro del Guardián de los Mundos se iluminó creyendo que podría descubrir finalmente cuál era el siguiente objetivo de su enemigo, por lo que les invitó a entrar en su cuarto para continuar con aquella charla de la que esperaba obtener una valiosa información.

—Por lo que tengo entendido, llevan impreso el símbolo del Valknut —indicó el anciano buscando confirmar aquel dato.

—No hemos obtenido tal información, pero se nos han reportado un gran número de naves —contestó uno de ellos.

—¿Cuántas, Enk?

—Suficientes como para arrasar con nuestro planeta de un solo ataque —indicó con frialdad Yehut.

El rostro de Huros cambió súbitamente. Todos ellos pudieron observar su conmocionado aspecto, mientras en su mente se cuestionaba cómo era posible que una armada tan grande y peligrosa como aquella hubiera podido vagar por el cosmos sin que él hubiera sido informado.

—Maestro, están por todas partes —indicó uno de los discípulos de cortos cabellos blancos, ojos morados y de azulada piel que, junto a sus ropajes morados, le daban una apariencia bastante elegante—; y tememos que no dispongamos de tiempo suficiente para llevar a cabo su plan. Deberíamos tomar más medidas que nos ayuden a nosotros y a nuestros aliados a neutralizar a nuestro enemigo.

—Ter, soy consciente de que todos ustedes temen una guerra como la anterior, pero tranquilícense, sigan las medidas establecidas e informen a los planetas de que preparen sus defensas. Les aseguro que todo saldrá

bien. Además, en unos instantes, Racht y yo partiremos hacia el planeta Heilt en busca del Guardián de la Oscuridad y posteriormente reuniremos al resto de guardianes.

—¿Heilt? —cuestionó una de las discípulas extrañada al resultarle familiar tal nombre.

—En efecto. El planeta en el que se encuentra Yakren —contestó él.

—Dirá, donde abandonó al hijo de Nitt —incidió Yehut con enojo.

—No lo abandonamos —corrigió Huros—, sólo cumplimos el deseo de su madre. Además, así le dimos la oportunidad de tener una vida mejor.

—¿Una vida mejor? Desde entonces no ha vuelto a saber nada de él —reprochó de nuevo Yehut, quien no estaba, en absoluto, a favor de aquella idea la cual consideraba cuando menos disparatada.

—No tenemos otra opción —contestó Huros tajante.

Los cinco discípulos se miraron mutuamente con impotencia. Ellos habían sido testigos de las atrocidades que la Guerra Universal trajo consigo y temían que aquellos duros tiempos volvieran; sin embargo, sabían cuán tenaz era Huros, por lo que, al percatarse de que este apenas estaba dispuesto a escuchar sus temores ni consejos, decidieron regresar a sus respectivas habitaciones para continuar con sus tareas asignadas.

—Maestro —añadió la veterana discípula antes de abandonar la habitación—, le pido personalmente que, si esta guerra empieza, haga todo lo que esté en su mano para que acabe lo antes posible y evitar así muertes innecesarias. No permita que más inocentes mueran por sus errores.

—Descuide, Aset, todo irá bien —contestó antes de que la discípula abandonara la sala dejándole solo.

Consciente de que pronto volvería Racht para que ambos emprendieran aquel viaje en busca del primer guardián, Huros fue hacia el armario donde poco antes había dejado la cajita. Justo cuando estiró su esbelto brazo para alcanzar esta, percibió una voz que, pese a que hacía tanto tiempo que no la escuchaba, la reconoció en el mismo instante en el que la oyó y que lo dejó totalmente petrificado.

—Huros, otra vez... —se limitó a decir aquella femenina voz mardita por la edad que hizo que los ojos del Guardián de los Mundos casi se salieran de sus órbitas al escucharla.

—Bolupa... —se limitó a balbucear este mientras tomaba la cajita.

—No puedo creerlo, querido, después de casi cuarenta años, creía que

habías aprendido la lección —espetó la pequeña mujer, quien cubría sus cortos cabellos grisáceos con un sobrio pañuelo negro a juego con sus ropajes de cortos cabellos negros, con cara de decepción.

—¿A qué has venido? —preguntó bruscamente pasando al lado de la pequeña anciana sin apenas mirarle a la cara.

—Vengo a ayudarte, Huros. ¡Recuerda quién eres! Eres el Guardián de los Mundos. No hay nadie en este universo más poderoso que tú. Pero parece que te has olvidado de eso —se atrevió a decirle mientras Huros la escuchaba de espaldas—. Desde la muerte de tu hermano llevas aquí encerrado, despreocupado de todo y de todos. Delegando tus funciones a tus súbditos, como si ellos fueran tus esdavos.

—¡Tú lo has dicho! Soy el más poderoso —contestó con ira, volviéndose hacia ella—, puedo hacer lo que quiera. Ni tú ni nadie puede venir a decirme qué tengo que hacer.

Por un segundo, la anciana, quien debido a su ceguera no podía abrir sus ojos, permaneció en silencio, sin pronunciar palabra alguna, lo que provocó un tenso instante que a Huros le pareció ser una eternidad.

—También vengo a advertirte, querido. Tu plan traerá terribles consecuencias si lo llevas a cabo. Y no sólo para tus aliados o tus súbditos; sino que induso para ti —espetó mientras señalaba a la cajita.

—¿Y qué quieres que haga?

—Sabes perfectamente lo que tienes que hacer. Deja de esconderte aquí, en tu guarida, sal y enfrenta a tus enemigos con tus propias manos y demuestra quién eres.

—Tonterías —espetó el anciano para sorpresa de esta—. Las mismas tonterías que me dijiste hace cuarenta años.

—¡No son tonterías, Huros! Tú eres el único que es capaz de acabar con todo esto. Pero debes ser el único necio que no quiere verlo...

—¡Tú lo has dicho, no quiero verlo y no quiero volver a verte nunca más! —gritó el anciano furioso—. Vete con tus hijas al valle del inframundo y déjame en paz. No necesito tu ayuda, puedo arreglármelas solo.

Para poder disfrutar del resto de capítulos,
por favor haga clic en el siguiente link
[https://elguardiandelosmundos.com/nues-
tra-tienda/](https://elguardiandelosmundos.com/nuestra-tienda/)